

prefecto de policía. Caussidiere contestó que estaba enfermo, pero que no había motivo alguno de temor para el día siguiente. Su ausencia, su silencio y su inacción durante el movimiento del 15 de Mayo despertaron sospechas de connivencia que no se han justificado; pero Luis Blanc, Albert y el partido socialista, excluido del gobierno por Lamartine y sus colegas, debían pretender agriar á Caussidiere contra una asamblea que se separaba de ellos. Los montañeses, que en número de dos ó tres mil hombres ocupaban la prefectura, fortificados en ella, estaban en relación directa con los clubs mas agitadores.

El gobierno empleó parte de la noche en dar órdenes circunstanciadas al general Courtais, comandante de la guardia nacional, y á los generales Tampour y Foucher, el primero gefe de la guardia movilizada, y el segundo de las tropas de Paris.

FIN DEL LIBRO CATORCE.



LIBRO DECIMOQUINTO.

I.

EL día 15 de Mayo, al amanecer, fueron llamados al Luxemburgo los generales y el ministro del interior, para que diesen cuenta de las disposiciones que habían tomado, y concertar otras nuevas: nada se omitió para mantener la tranquilidad pública y para asegurar con la fuerza la inviolabilidad de la representación. El general Courtais obtuvo el mando superior, conviniendo en que se apostasen doce mil hombres de la guardia nacional al rededor del palacio Bourbon, y que los batallones de la movilizada se estacionarian como reserva bajo los árboles de los Campos-Eliseos.

La sesión de la asamblea se abrió á las doce asistiendo á ella Ledru-Rollin y Lamartine, como tambien los ministros MM. Arago, Marie, Garnier-Pagés y Pagnerre estaban en el Luxemburgo para avisar lo que aconteciese, ó proveer lo necesario en caso de que sus colegas se

viesen cercados en el palacio Borbon. Una agitacion confusa reinaba en la sala; se leia la peticion en favor de la Polonia; varios oradores la sostenian, y Lamartine subió las gradas de la tribuna para contestarles, cuando llegaron á decirle que una inmensa columna del pueblo, precedida de los clubs, avanzaba hácia la asamblea, amenazando con forzar el puente. Lamartine disimuló por no alarmar á la asamblea, é inclinándose al oido del presidente, Mr. Bouchez, le aconsejó que tomase las medidas necesarias, supuesto que tenia autoridad sobre las tropas allí estacionadas.

Sorprendido el general Courtais de la rapidez de la demostracion, sin batallones dispuestos para contenerla, y temiendo un choque, que podia evitar abriendo el paso del puente y dejando desfilar en columna á los peticionarios, se hallaba indeciso, y buscaba consejos de acuerdo con su pensamiento. Durante su inaccion, la columna separaba á medio batallon de la plaza de la Concordia, y haciendo retroceder á los pocos guardias movilizados, insuficientes para la defensa del puente, desembocó por el muelle enfrente del peristilo, y entró en la calle de Borgoña, gritando *viva la Polonia!*

Los cuestores pidieron á Lamartine y á Ledru-Rollin que fuesen á arengar al pueblo desde las escaleras del palacio, en donde estaba el general Courtais tratando inútilmente de dominar el tumulto con su voz y con sus ademanes.

Miles de hombres de diversos trajes, haraposos los mas, con amenazadores rostros y labios cubiertos de espuma, se apiñaban contra las rejas, haciendo esfuerzos para romperlas ó escalar-

las para profanar el recinto. Ledru-Rollin, acogido por algunos aplausos, no pudo hacerse oír. Al aspecto de Lamartine, á quien se suponía con razon muy opuesto á la guerra se levantó un clamor inmenso, y algunos gritaron *¡muera Lamartine!*

La multitud protestó con indignacion contra este grito, atropelló á los que lo habian lanzado, y exclamó:—No; *¡viva Lamartine!* “Pero cuando éste se preparaba á hablar, quince ó veinte hombres saltaron la reja, abrieron la puerta, y se precipitó por ella la multitud.—Se ha concluido, dijo Lamartine: nada puede aquí la razon, y no hay mas remedio que defendernos. A las armas, pues, y defendámonos.”

Diciendo esto, se replegó con algunos diputados y soldados hácia la puerta del segundo patio, separado del peristilo por otra reja: allí habia otro medio batallon de la guardia movilizada, que se disponia á cumplir con su deber, cuando una orden, atribuida al general Courtais, les previno que no atacasen. Lamartine, al observar esto, dijo:—“Todo se ha perdido.”

Entró en el recinto con los demas diputados, y esperó consternado las consecuencias del tumulto: creia, sin embargo, que los guardias nacionales, situados en otros patios, evitarian que fuese profanado el salon de las sesiones, y que la invasion se limitaria á un alarde tumultuoso en los corredores y jardines del palacio. Despues de advertir al presidente de lo que pasaba, volvió á salir solo y desesperado, para hacer frente á los sediciosos que trataban de penetrar en el último asilo.

Después de dar algunos pasos por el salón de Columnas, se encontró al frente de un grupo de gefes de clubs, que avanzaban del brazo y de seis en seis: Albert, amigo de Luis Blanc, individuo del gobierno provisional, estaba entre ellos.

Detrás de ellos iban otros ciudadanos mal encarados y furiosos.

Lamartine, decidido á cumplir con su deber, se adelantó á aquellos atrevidos, y extendiendo ambos brazos, como queriendo oponerles una barrera, les dijo:

—“Ciudadanos: no pasareis de aquí, ó si pasais, lo hareis sobre mi cadáver.—;Y con qué título nos impedís pasar?—Con el de individuo del gobierno, encargado de defender á todo trance la inviolabilidad de la asamblea nacional.—;Y qué nos importa la asamblea? Nosotros somos el pueblo, y queremos presentar en persona nuestras peticiones y dictar nuestra voluntad á nuestros mandatarios. ;Habeis olvidado que el pueblo siempre se entendió directamente con el Hotel de Ville?—Entonces estábamos en revolución, y hoy tenemos un gobierno: la asamblea nacional no puede recibir peticiones de la multitud sin perder su libertad y su decoro: os repito que solo pasareis sobre mi cadáver.”

Muchas voces contestaron en tumulto al razonamiento de Lamartine, y aun se le dirigieron apóstrofes irónicos y despreciativos; pero ningún ultraje á su persona tuvo lugar durante aquel diálogo entre él y sus adversarios. El altercado degeneró en discusión acerca de los derechos respectivos del pueblo y de la asam-

blea, y algunos ciudadanos que no eran representantes, como el joven Lagrange, Macon, Thomasson, Ernesto Gregoire, y algunos diputados, como Mornay y Montrol, dirigieron representaciones en el mismo sentido á los grupos: estos vacilaron al fin, y se replegaron á la sala de los Pasos-Perdidos.

Lamartine volvió á entrar en la asamblea y se sentó en su banco para asociarse á las resoluciones y á los actos de la representación nacional. Creía que se habian cerrado ya las rejas y que las peticiones presentadas por los diputados le iban á llamar á la tribuna; pero no bien ocupó su puesto, penetrado de un dolor que en vano queria disimular, cuando las puertas de las tribunas públicas, abiertas ó hechas pedazos, dieron paso á la invasion de una muchedumbre andrajosa, que se arrojó como á un asalto á las galerías, separando brutalmente á los espectadores pacíficos, saltando las balaustradas, y llenando en un instante el salón de gritos, de banderas, de polvo y de confusión: aquella fué la verdadera imagen de una irrupcion de bárbaros en una sociedad civilizada. Lamartine reconoció al pueblo, á los gefes, á las hordas que le habian tenido sitiado sesenta horas en el Hotel de Ville. La asamblea podia creerse trasportada á las siniestras jornadas de Setiembre de 1793.

Los representantes se mostraron firmes, impasibles é indignados; ninguna exclamacion salió de sus labios; ni uno solo de ellos abrigó el mas pequeño temor. Aquellos novecientos ciudadanos intrépidos habian aceptado en sus departamentos los peligros que debian arrostrar al

plantear la ley republicana en medio de una demagogia enfurecida, que trataria de intimidarlos á fuerza de sediciones, y estaban decididos á morir como dignos representantes del pueblo.

La muchedumbre tembló al ver su actitud, y pareció avergonzada de sus propios excesos; pero algunas disputas deshonraban el recinto entre los furibundos demagogos que dirigian las masas: unos agitaban su bandera y querian tremelarla desde la tribuna; otros se oponian á esta demostracion: llegaban todos á las manos, caian, se levantaban, volvian á luchar; diálogos parciales, terribles y siniestros se entablaban entre la chusma y algunos diputados valientes que la menospreciaban y descubrian sus pechos desafiando á los sediciosos. Allí no habia izquierda ni derecha, ni mas partido que la indignacion, pues Ledru-Rollin, Barbés y Luis Blanc, manifestaban tanta afliccion y disgusto como los miembros de otros partidos de la asamblea. Dichos representantes trataban de reprimir á los sediciosos, pero el tumulto cubria sus voces é inutilizaba sus intenciones. Mas de una hora trascurrió antes que el silencio, producido por el cansancio, permitiese á la asamblea, confundida entre la multitud, la apariencia, no de una deliberacion, sino de un diálogo. El exceso de la anarquia habia paralizado su propia accion.

II.

¿Existia en alguna parte la fuerza pública?
Decíase que la muchedumbre que habia inva-

dido la representacion nacional, era la cabeza de una columna de cien mil hombres, que se estendia desde el puente de la Concordia hasta la Bastilla. El general Tampour estaba detenido en una tribuna, separado de sus tropas, á las cuales no podia dar órdenes; el comandante general Courtais erraba en el recinto, cercado por el pueblo, que no le permitia llamar á sus batallones; Charras, ministro de la guerra, estaba inmóvil y consternado; el gobierno se veia, ó aprisionado con Lamartine y Ledru-Rollin, ó en el Luxemburgo con Arago, Garnier Pagés y Marie, de modo que solo quedaba á los buenos ciudadanos su accion individual, que cada cual empleaba segun su inspiracion y sus conjeturas. El presidente firmaba sin cesar órdenes para que no se tocase generala, y mandaba en secreto que se acercasen fuerzas á la asamblea; entregaba las primeras á los sediciosos para deslumbrarlos, y advertia lo segundo á los buenos ciudadanos; pero los gefes de los cuerpos, al notar esta contradiccion, obraban al azar. Lamartine mandó tocar generala y reunir las legiones; pero entre tanto la asamblea permanecia cautiva, y un tiro, una puñalada podian convertir aquella saturnal en un degüello de la representacion.

III.

La masa del pueblo, mas arrastrada que culpable, parecia avergonzada de los desórdenes que cometia. Lamartine, que salió para juzgar del número y disposiciones de los insurrectos, fué recibido por aplausos y gritos de *viva La-*

martine! Tampoco al volver al salon fué objeto del mas pequeño insulto; antes bien le decian aquellos hombres, inciertos de sus propios proyectos:—"Habladnos, aconsejadnos; nada temais; nosotros os defenderemos contra todo el mundo."

El les contestaba con serenidad señalándoles con el dedo los escándalos del recinto profanado, anunciándoles la indignacion y la venganza de los departamentos ultrajados en su representacion, y la inevitable guerra civil, si no se retiraban de allí, despues de firmar un acta de reparacion y de arrepentimiento á la asamblea. El pueblo deseaba al parecer retirarse en efecto, y solo un pequeño número de demagogos y de agentes de los clubs atizaban el tumulto, llevando en triunfo de sala en sala á Luis Blanc, á Barbés y á Albert.

Luis Blanc aparecia mas humillado que satisfecho de aquellas ovaciones, y Lamartine oyó los discursos que dirigia á la multitud. Sus palabras respiraban el contento que sentia, al ver que el número y el entusiasmo de los socialistas imponia respeto á sus enemigos, pero al mismo tiempo les pedia que se retirasen, moderándose y devolviendo la libertad á los representantes del pueblo. El general Courtais no cesaba de repetir iguales amonestaciones.

IV.

En tanto que Lamartine arengaba tambien á la multitud, los gefes de los clubs se disputaban la tribuna y leian sus peticiones y discursos, y un conspirador mas osado, llamado Huber, hom-

bre avezado á las revueltas y trastornos desde el mes de Febrero, proclamaba disuelta la representacion nacional y pedia el establecimiento del gobierno revolucionario.

Aplaudida esta mocion por las hordas que cercaban la tribuna, pasó de boca en boca como un plebiscito, y los miembros de la asamblea se dispersaron para pedir justicia y venganza al verdadero pueblo de Paris: los facciosos, precedidos de Barbés y sus cómplices, marcharon en columna hácia el Hotel de Ville, se apoderaron de él sin resistencia, y lo guarnecieron con ocho mil hombres armados.

Ledru-Rollin, detenido por los sediciosos, se resistia obstinadamente á sus instancias para que les siguiese al Hotel de Ville, diciéndoles que por nada en el mundo se dejaria imponer un gobierno establecido por un motin contra la representacion nacional. El movimiento de retirada, que se pronunció despues de declarar disuelta la asamblea, interrumpió las palabras que Lamartine dirigia á los grupos. Siete ú ocho buenos ciudadanos le rodearon entonces, conduciéndole por el jardín al palacio de la presidencia, que se estaba construyendo, hicieronle subir á las oficinas; cerraron las puertas; colocaron de guardia á algunos valientes obreros, y se resolvió esperar allí el movimiento que iba á consumir ó reprimir el atentado de aquella jornada.

—"Si dentro de tres horas, dijo Lamartine, no oimos tocar generala al otro lado del rio, iré á dormir á Vincennes ó seré fusilado."

"Eso no durará tanto tiempo, le contestaron los que le custodiaban, pues es imposible que

la Francia sufra por tres horas semejante parodia de gobierno.”

Lamartine, fatigado y cubierto de sudor, se sentó en frente de una mesa, sobre la cual había una botella de vino, y bebieron todos por la inmediata libertad de la república.”

Instruido el general Courtais del asilo de Lamartine, se presentó en él: nada revelaba en sus facciones ni lenguaje la secreta satisfacción de un cómplice: al contrario, estaba consternado, como hombre que fluctuaba entre dos peligros; el de faltar á sus deberes para con la representación, y el de hacer derramar la primera sangre en tan deplorables momentos: así, pues, pedía consejos á Lamartine, quien le aconsejó que, evadiéndose por los jardines, se pudiese al frente de la primera legión y volase á restablecer la asamblea. Dió gracias á Lamartine, bebió un vaso de vino, y marchó á cumplir con su deber.

Pero volvió á entrar pocos instantes después, sin poder hallar salida, porque su uniforme le hacía reconocer por los insurrectos: salió sin embargo, por segunda vez, atravesó la multitud, y quiso pasar por la calle de Borgoña; pero sus legiones entre tanto se reunían, se ponían en marcha, y pronto iban á arrestar á su mismo general.

V.

Los conspiradores tenían, según se aseguraba, diez mil cómplices armados, y artillería en el Hotel de Ville; quedaba ya en su poder el ministerio del interior, y el de la guerra estaba

abandonado; la guardia nacional carecía de comandante general, y fluctuaban los ánimos entre la mas cruel incertidumbre, porque todo era posible en aquel instante.

Pronto se dejó oír un paso de carga por las dos orillas del Sena: al escucharlo un batallón encerrado en los jardines de la presidencia, corrió á las armas y se formó en batalla. Sale Lamartine con sus amigos, atraviesa el edificio, se precipita en las filas de la guardia movilizada, que le recibe gritando; ¡*Viva Lamartine!* ¡*Viva la representación nacional!* y vuelve á entrar en el palacio por la puerta principal del muelle: los sediciosos se dispersan por todas partes; llegan los representantes, escoltados por los destacamentos, y Lamartine se ve empujado hácia la tribuna. Sube á ella, pronuncia un discurso encareciendo la necesidad de que los representantes vuelen al Hotel de Ville para salvar la patria, y resuenan en el salón interminables aplausos. Baja en seguida de la tribuna, y en unión de Ledru-Rollin, sale acompañado de representantes y de ciudadanos, entre los cuales se cuentan Mr. Murat, hijo del héroe de Nápoles, Mornay y Falloux. Llegado al muelle, monta en el caballo de un dragon, proporcionan á Ledru-Rollin el de un oficial, siguientes dos batallones, uno de la guardia nacional y otro de la movilizada; el regimiento de dragones del valiente coronel Goyon se coloca á la cabeza de la columna, y se emprende la marcha por el muelle, gritando ¡*viva la asamblea nacional!* ¡*guerra á los facciosos!*

Aquella columna era débil por el número y fuerte por el valor: Lamartine no quiso aguar-

dar la reunion de mayores fuerzas, seguro de que en tiempos de revolucion se deben aprovechar los momentos. En medio del tumulto de las voces, de los gritos, de los sables y de las bayonetas que allí se confundian, se acordaba del 9 termidor, en que el partido de Robespierre, aunque mas numeroso, quedó destruido en aquel mismo Hotel de Ville por su inercia y por la rápida resolucion de la convencion y de Barras. Conocia á Barbés por hombre de accion, y no dudaba de que, si se le dejaban tres horas, tendria á la noche un ejército, y al dia siguiente daria á la Francia un gobierno revolucionario.

VI.

El general Courtais acababa de ser insultado, destituido y hecho prisionero por sus mismas tropas, indignadas de su inaccion, que atribuian á cálculo. Ignorábase si el general Tampour, separado durante todo el dia de sus batallones, estaba libre; el gobierno permanecia en Luxemburgo, sitiado por la rebelion, á la cual oponian Arago, Garnier-Pagés y Marie victoriosa resistencia. Ningun ministro, ningun general se hallaba investido con el mando superior, tan necesario en tan apurado estremo, y Lamartine lo tomó, obligado por la ausencia total de gefes militares. Envió á buscar cuatro piezas de artilleria para derribar en caso preciso las puertas del Hotel de Ville, y se entendió con Ledru-Rollin para entregar el mando de Paris al general Bedeau, á quien hicieron buscar en el muelle del Louvre. Entre tanto, el entusiasmo uná-

nime guiaba, inspiraba y regularizaba los movimientos de la columna, que iba aumentándose sobre la marcha. Paris, consternado, se estremecia al saber el triunfo momentáneo de la demagogia, cuyos probables excesos se comparaban por la imaginacion de los hombres pacíficos á los crímenes de 1793: de modo que aquel cambio repentino de valor, que prometia la victoria, consolaba los corazones y devolvía todas las esperanzas perdidas.

VII.

La cabeza de la columna se detuvo un momento junto á la plaza de San Miguel, ante las masas que obstruian el ángulo de la plaza de Greve y del muelle, y los dragones anunciaron que el Hotel de Ville estaba fuertemente defendido, pues los conjurados tenian artilleria y se veian en las ventanas grandes preparativos contra la columna. Lamartine dijo al general que hiciese avanzar otra por las calles paralelas al muelle y que desembocan en la plaza, maniobra que llevó á cabo Bourdon de l'Oise contra Robespierre; y pasados algunos instantes, para dar tiempo á la ejecucion de este movimiento, Lamartine y su colega desembocaron al frente de sus tropas en la plaza de Greve, á los gritos de *viva la representacion nacional!* La confusion los separó; los artilleros y guardias nacionales aconsejaron á Lamartine que echase pié á tierra, para evitar que sirviese de blanco á las descargas, y él contestó:—"No, no; si alguno debe perecer aquí por la causa de la asamblea nacional, soy yo." Diciendo así, atravesó la plaza por

medio de un bosque de sables y bayonetas, pero ningun tiro salió del Hotel de Ville.

Los guardias nacionales y los movilizados de la columna se precipitaron al asalto de las escaleras, y se apoderaron de Barbés y sus cómplices sin resistencia. Aquello fué un tumulto sin combate; abajo se ignoraba lo que arriba sucedia; todos esperaban trágicas escenas y una resistencia desesperada, asesinatos y suicidios, como los que señalaron la prision de Henriot y de Couthon: la multitud decia á Lamartine:—“Habladnos.”

VIII.

Lamartine fué llevado en brazos de los guardias y de los ciudadanos por los vestibulos, escaleras y corredores, hasta una sala pequeña del primer piso, donde reinaban la misma afluencia, el mismo tumulto y la misma exaltacion.

Algunos gefes de la insurreccion y su cómplice, Barbés, estan ya encerrados en una pieza inmediata: no habian hecho la menor resistencia, pues la rápida marcha de la columna de ataque, dirigida por los dos miembros del gobierno, no habia dejado á los conspiradores el tiempo necesario para engruesar su gente, llamar á todos los partidarios y organizar la defensa. Los cinco ó seis mil hombres que con ellos habian entrado en el Hotel de Ville se desbandaron al divisar las primeras compañías y los dragones de Mr. de Goyon, coronel activo y resuelto á todo.

Su triunfo, pues, no habia durado mas que dos horas, que emplearon en constituirse, por

medio de un escrutinio, en dictadura revolucionaria colectiva, compuesta de Barbés, Luis Blanc, Albet, Blanqui, Raspail, Huber, Sobrier, Proudhon, Leroux y Cabet. Aquel era el gobierno de los clubs proscribiendo el de la nacion, la coalicion de las sectas contra la representacion del pais; muchos de sus miembros ignoraban que se habian usurpado sus nombres, y por su parte Lamartine y Ledru-Rollin firmaron tambien revolucionariamente, con motivo de la urgencia, la orden de prender á los conjurados presentes y conducirlos á Vincennes.

Peró la multitud armada que acudia sin cesar á la plaza, y la indignacion de Paris que se exaltaba por el horror y la represion del atentado, hicieron temer á Ledru-Rollin, á Marrast y á Lamartine que no pudiesen los culpables atravesar impunemente de dia las calles y plazas sublevadas contra ellos. No querian que corriese una gota de sangre, ni aun la de aquellos que habian intentado corromper y desacreditar con un crimen la revolucion, y por lo tanto conjuraron este peligro, mandando que los presos fuesen conducidos por una fuerte escolta á Vincennes en las altas horas de la noche.

IX.

Tomadas estas medidas, la muchedumbre que habia penetrado en el palacio, separó á los dos miembros del gobierno.

Lamartine se apresuró á salir para tranquilizar á la asamblea, que estaba en sesion permanente. Mientras habia permanecido en el Hotel de Ville, la plaza y los muelles se habian

cubierto de bayonetas; allí se encontraban todas las legiones de París. Casi sofocado al salir del palacio por el entusiasmo que inspiraba al pueblo y á las tropas, Lamartine buscaba un caballo para huir de sus demostraciones y respirar libremente; al pasar por delante del regimiento de dragones reconoció uno de sus dos corceles que habia enviado á pedir, montó en él, y volvió por los muelles á la asamblea nacional. Grupos del pueblo, estasiados por aquella victoria de la verdadera república contra la anarquía de algunas horas, le rodeaban palmo-teando; los artilleros cogian la brida de su caballo, y le seguia una cohorte de la guardia nacional, de dragones y de ciudadanos, que no cesaba de aplaudir, de estrechar sus manos y tocar sus vestidos. Un solo grito de *viva la república! viva la asamblea nacional! viva Lamartine!* acompañó su marcha, repitiéndose desde las escaleras del Hotel de Ville hasta las de la cámara de diputados. Nunca se vió tan alto el nombre de un simple ciudadano, adoptado como símbolo del orden, para caer á los pocos dias en la mas repentina impopularidad; lo cual prueba que el triunfo mas grato para el pueblo frances era el que habia conseguido sobre la anarquía.

X.

Lamartine subió á la tribuna, y anunció á la asamblea que su poder quedaba restablecido, y que el gobierno iba á tomar las medidas necesarias para castigar y prevenir tamaños atentados: la asamblea se separó gritando *viva la re-*

pública! La guardia nacional de las afueras y de los departamentos próximos á París acudieron por la noche y al siguiente dia para vengar, en caso necesario, á la representacion: el gobierno, reunido en el Luxemburgo, regularizó estos movimientos: interrogó ademas á Caussidiere, prefecto de policía; hizo arrestar á los cómplices de la sedicion; nombró á Mr. Clemente Thomas comandante general de la guardia nacional de París, y reemplazó á los generales cuya indecision y aturdimiento habia paralizado su energía con gefes mas activos y populares en el ejército.

Al dia siguiente no aparecian ya señales del movimiento revolucionario que habia conternado á la Francia: solo quedaban los *montañeses* en la prefectura de policía y en las casernas de la guardia republicana.

Estos cuerpos armados, que Caussidiere tenia á sus órdenes para la seguridad de París, habian faltado el dia antes á todos sus deberes, ó al menos su inercia habia abandonado la asamblea nacional á sus invasores y el Hotel de Ville á la conspiracion. El gobierno ordenó en consecuencia depurarlos, y los guardias republicanos obedecieron á la primera intimacion, y entregaron sus armas murmurando. El cuerpo de *montañeses* se fortificó en número de tres mil hombres en la prefectura de policía, sin querer reconocer mas autoridad que la de Caussidiere, y amenazando sostener un sitio desesperado y derramar torrentes de sangre de la guardia nacional si se pretendia desalojarlos á la fuerza. El general Bedeau recibió orden de rodear la prefectura con seis mil hombres de

tropa y veinte y cinco mil de la guardia nacional, para hacer que se rindiesen aquellos soldados rebeldes, y el general la cumplió exactamente, cercándolos por todas partes.

La exasperacion de la guardia nacional contra aquellos presuntos cómplices ó partidarios de los clubs era estrema; todos pedian á gritos el asalto, y la artillería amenazaba las puertas. Sin embargo, los *montañeses* tenian gran resguardo de municiones, y estaban resueltos á hacer pagar cara su derrota y áovlar la prefectura en caso apurado.

Llamado por segunda vez Caussidiere al Luxemburgo por la comision ejecutiva, se negó á presentar voluntariamente su dimision, y se esplicó de un modo ambiguo, en el que se confundian la obediencia y la amenaza. Lamartine, que el día antes habia juzgado prudente conservar á Caussidiere, como hombre útil é intrépido, no vacila; sale con él, sube á su carruaje, y ambos se dirigen á la prefectura; antes de llegar le representa el peligro de su situacion, la grande responsabilidad que sobre él pesa y la necesidad imprescindible de que haga dimision, así como el aprecio con que será mirado si contribuye á la sumision de sus soldados sin que se derrame sangre.

Caussidiere, que no ignoraba la confianza que Lamartine habia tenido en su carácter, cede á sus instancias, le autoriza para que presente su dimision al gobierno, y se compromete á hacer los mayores esfuerzos para disolver á los *montañeses*. Lamartine por su parte ofrece suspender el ataque y disponer los ánimos á la indulgencia.

Al reconocer á Lamartine los guardias nacionales que sitiaban la prefectura, lo sacan del carruaje, lo llenan de aplausos, lo sofocan con su entusiasmo y lo estrechan de tal modo, que no puede atravesar el puente en mucho tiempo, y se ve precisado á refugiarse en una calle lateral: siguele la multitud; huye de ella con dificultad metiéndose en una imprenta, y algunos oficiales atrancan la puerta por dentro para evitar las demostraciones de cariño demasiado exigentes del pueblo. Lamartine llama á los comandantes de los puestos y les hace correr la voz de un próximo arreglo: calma la irritacion; Caussidiere persuade á los *montañeses*; el general Bedeau los desarma, y se evita el derramamiento de sangre. El 15 de Mayo inspiró mas confianza á la asamblea nacional y mas energía al gobierno.

XI.

El general Cavaignac se hizo cargo del ministerio de la guerra en cuanto llegó á Paris, con aquella seguridad modesta que en el hombre revelan la confianza que tiene en su aptitud. Lamartine, que preveía nuevas turbulencias en el establecimiento de la república, sondeó al general, y no pudo menos de quedar sumamente satisfecho de su carácter: al punto le aconsejó que pidiese al gobierno las fuerzas disciplinadas suficientes para cubrir á la asamblea contra toda tentativa criminal, y ambos calcularon que se necesitaban en Paris cincuenta y cinco mil hombres; á saber: quince mil de la guardia movilizada, dos mil seiscientos de la guardia re-

publicana reorganizada, dos mil cincuenta de la guardia de París, veinte mil de tropa de línea en los cuarteles, y por último, quince mil en el distrito militar, á fin de que en pocas horas pudiesen estar dentro de la capital.

Reclamadas por Lamartine estas precauciones, no espermentaron la menor oposicion en el consejo, pues todos deseaban con sinceridad una república que cortase los vuelos á la anarquía. Se suponía que reinaban entre los miembros del gobierno, y sobre todo entre Lamartine y Ledru-Rollin, profundas divisiones, pero no era cierto, pues habian desaparecido desde el gran acto de concordia que habia unido en un solo sentimiento á los partidos de la asamblea, á escepcion del socialista. Todos los miembros del gobierno y todos los ministros estaban interesados por deber y por ambicion en el sostenimiento del órden, y si entre ellos no habia una alianza perfecta, tampoco existian desconfianzas ni recelos.

No sucedía lo mismo entre algunos agentes de la administracion y varios miembros de la asamblea. Notábase en sus actos cierto espíritu de secta, de proselitismo personal y de tendencia á dirigir esclusivamente la república, lo cual era contrario en su esencia al verdadero pensamiento del gobierno. No se ocultaba á Lamartine que los cargos administrativos se concertaban de antemano en aquellos cenáculos; pero indiferente á los hombres y sin la menor pretension de preponderancia personal, fingió que nada veía por no dividir los ánimos.

XII.

La revista preparada por el gobierno en honor de la asamblea nacional se verificó el 21 de Mayo en el Campo de Marte: trescientos diez mil hombres desfilaron por delante del estrado que ocupaban la representacion, los ministros y el gobierno. Un solo grito de ¡viva la república! resonó desde las ocho de la mañana hasta la noche. Aquella fiesta dió á los representantes la conciencia de su inviolabilidad y á la patria la de su fuerza: Lamartine recibió algunas ovaciones; pero su popularidad se perdia ya entre los resentimientos del partido de la monarquía desplomada y entre la ingratitud del pueblo.

Era preciso reconocer al mismo tiempo que la situacion del gobierno era falsa, y por consiguiente fatal. Faltábale unidad, y la necesidad de no dividir la república en dos partidos hostiles hacia imposible el restablecimiento inmediato de la concordia. Si un hombre solo hubiese estado al frente del poder ejecutivo hubiera podido prever todos los sucesos, de un modo muy distinto que aquellos cinco individuos, precisados á unir sus inteligencias y voluntades: ellos no lo ignoraban, y por consiguiente aquel gobierno no era ni podía ser otra cosa que una penosa interinidad cumplida por los que habian aceptado una mision tan ingrata como imposible. Llenar el abismo de un mes ó dos entre la revolucion y el poder constitucional; estar bajo la responsabilidad de la asamblea; descontentar á esta y al pueblo; hacer

frente á las dificultades; resistir los ataques de las insurrecciones; morir en caso de que estas triunfasen, tal era la suerte de aquel gobierno temporal, que solo era bueno para los que ya le conocian por sus antecedentes, y cuya pretendida ambicion solo era un sacrificio voluntario y meritorio de su popularidad, y un martirio de su nombre.

Es por lo tanto inútil hablar de los actos de la comision ejecutiva, pues fueron una interposicion activa, vigilante y desinteresada entre las sublevaciones y la asamblea; una nube cargada de tempestades amenazaba sin cesar al gobierno; aquella nube eran los talleres nacionales.

Este ejército de ciento veinte mil trabajadores, compuesto en su mayor parte de hombres ociosos y agentes turbulentos, era el depósito de las miserias, de los vicios y de la sedicion; el gobierno provisional no trató de formar de los talleres una institucion, como se ha pretendido; lo que quiso fué socorrerlos, lo cual fué un recurso político, porque sin este subsidio de los ricos en favor de los pobres, ¿qué hubiera sido de la propiedad y de la indigencia? Un gobierno previsor y prudente debia atender á estas dos grandes necesidades sociales.

Pero el gobierno provisional no ignoraba que cuando se tratase de disolver aquella masa desocupada habria resistencia, conflictos, choques, sediciones, y tal vez sangre derramada. A esto se preparaba en silencio la comision ejecutiva, disponiendo grandes trabajos y leyes de pauperismo, propias para el alivio de las verdaderas miserias: trataba en seguida de combatir con vigor todas las dificultades, rodeándose

de una fuerza armada irresistible para disolver toda reunion opuesta á la ley, por mas que se escudase en el pretexto de la falta de recursos.

Algunos miembros de la comision ejecutiva se ocupaban de realizar esta idea, con Mr. Tre-lat, ministro conocido y amado por la parte proletaria del pueblo: Lamartine se encargó del segundo pensamiento con el ministro de la guerra.

La asamblea nacional, sin embargo, escitada por los resentimientos de los enemigos de la república, testigo de los escándalos recientes de los insurrectos, y poco iniciada de las dificultades de la situacion de la capital, se irritaba con las demoras de la comision. Los periódicos monárquicos no cesaban de decir que los hombres del gobierno provisional mimaban á aquel ejército de pobres para contrarrestar á la representacion, para intimidarla y tenerla sujeta por medio de una amenaza visible.

La asamblea no dejaba de creer estas calumnias; y mientras el gobierno se esforzaba en preparar los medios de licenciar, sin efusion de sangre, una milicia cuya existencia deploraba, la asamblea solo miraba á los principales miembros del gobierno como cómplices perversos de la sedicion. Lamartine y Ledru-Rollin eran los mas acusados, y su presencia simultánea en la comision, á pesar de que disentan tanto en principios, era la prueba, segun se aseguraba, de una odiosa alianza, en la cual todo lo habian sacrificado, menos la ambicion.

De esto resultaron vivas reclamaciones y mociones temerarias en la tribuna de la asamblea,

que resonaron en la parte exterior, sirviendo de pretexto á los periódicos de la demagogia y á los oradores bulliciosos para calumniar á la asamblea nacional y animar al pueblo contra el supuesto egoismo de las clases acomodadas.

Las facciones anti-republicanas y las ambiciones ocultas bajo denominaciones dinásticas, contribuian tambien á la sedicion que se manifestaba en los talleres nacionales. El prefecto de policia, Mr. Trouvé Chauvel, hombre nuevo en su cargo, pero intrépido, infatigable, y enemigo declarado del desórden, no podia ocultarse los peligros que amenazaban, y conoció que se armaba una nueva faccion para confundirse con la jóven república ó para aniquilarla. Era la faccion bonapartista.

Tenia, segun se aseguraba, muchos agentes en los talleres nacionales; pero esos agentes, ¿estaban á sueldo de subsidios voluntarios, debidos á adhesiones individuales hácia la memoria del emperador? ¿Les entusiasmaba el fanatismo de un gran nombre? ¿Era una secta? Muchos han creido que todo el complot estribaba en la inmensa popularidad del nombre de Napoleon; pero esta popularidad se convertia en una amenaza para la república. Todas las noches se formaban numerosos corrillos de partidarios en los bulevares; y aunque el gobierno empleaba con energía para disolverlos á la guardia nacional y á la movilizadada, volvian á renacer con mas fuerza. Mr. Clemente Thomas se multiplicaba en estas ocasiones para contener á los descontentos, y el gobierno proclamó la ley contra las reuniones sediciosas. El primero arrestó en una sola noche quinientos

agitadores; las reuniones cesaron, pero la doble levadura, que se infiltraba en la faccion proletaria y en la bonapartista, no cesó de envenenar el espíritu de los talleres nacionales.

XIII.

Lamartine conoció el peligro, y resolvió combatirlo con energía, antes que tomase proporciones irresistibles. Era enemigo de las proscripciones, pero no de las precauciones severas, que, alejando temporalmente á un individuo, salvan una institucion ó un pais. Así fué que tomó la iniciativa del decreto, que mantenía el ostracismo del principe Luis Napoleon Bonaparte durante el restablecimiento de la república. De todos los individuos de su dinastia proscripta, este era el mas señalado por el favor popular. Heredero del trono imperial en virtud de un senado-consulta, dicho principe, mal conocido y peor representado en Francia, era el único que habia procurado hacer valer su título á la soberanía, por medio de dos tentativas que le habian atraido el destierro.

El gobierno, de acuerdo con la solicitud de Lamartine, firmó el decreto, que el primero llevó á la asamblea, proponiéndose leerlo al fin de la sesion, cuando una discusion, agena á su objeto, le llamó á la tribuna. Allí supo que una multitud bonapartista llenaba la plaza de la Concordia, y que un tiro disparado al comandante general, Clemente Thomas, habia herido en la mano á uno de sus oficiales. Indignado Lamartine, sacó el decreto de proscripcion temporal contra Luis Napoleon, lo colocó en la tribuna, y dijo: